

1. No consideres nunca á los demás como necios ó insensatos, y no te encolerices contra nadie (1).

2. No consideres el matrimonio como un manantial de placeres; que el marido no abandone á su mujer, ni la mujer á su marido (2).

3. No pronunciéis juramentos; no os liguéis nunca, sino con promesas, con cualquiera que sea la per-

del *Sermón de la Montaña*, véase el hermoso libro *Mi religión*.

(1) «Pero yo os digo que cualquiera que se encolerice contra su hermano será castigado por el juicio; y el que diga á su hermano «Raca» será castigado por el consejo; y el que diga «Loco» será castigado por la *gehenna* del fuego.» San Mateo, v, 22.¹

(2) «Ha sido dicho: Si alguno repudia á su mujer, que la dé carta de divorcio.

»Y yo os digo: que quien repudiare á su mujer, no siendo por causa de adulterio, le expone á volverla adúltera; y que quien se casare con la mujer que ha sido repudiada, comete un adulterio.» *Ibid.*, v, 31, 32.

sona y por cualquiera que sea la cosa (1).

4. Soportad la violencia y las ofensas, y no os resistáis á los malvados (2).

5. No miréis á los hombres como enemigos. Amad á vuestros ene-

(1) «Habéis oído que fué dicho á los antiguos: No perjurarás, sino que cumplirás para con el Señor lo que hayas prometido con juramento.

»Y yo os digo: No juréis; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es su escabel; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.

»Tampoco jures por tu cabeza, porque no puedes convertir un solo cabello en blanco ó negro.» S. Mateo, v, 33, 37.

(2) «Habéis oído que fué dicho: Ojo por ojo, y diente por diente.

»Mas yo os digo que no os resistáis á quien os haga mal; antes si alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra.» *Ibid.*, v, 38, 39.

migos como prójimos vuestros (1).

Preténdese que estos cinco mandamientos no nos enseñan sino lo que no debe hacerse, y que no hay allí mandamientos ni ley que prescriban lo que se debe hacer.

Puede pareceros extraño, en efecto, que en la doctrina de Cristo no haya mandamientos precisos acerca de lo que se debe hacer. Pero sólo puede extrañarse de eso quien no crea en la doctrina de Cristo, donde no sólo se encuentran esos cinco mandamientos, sino la *doctrina de*

(1) «Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y odiarás á tu enemigo.

» Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os odian, y rogad por todos los que os ultrajan y os persiguen, á fin de que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; porque hace salir su sol sobre los malos y sobre los buenos, y hace llover sobre los justos y sobre los injustos.» S. Mateo, v, 43, 45.

la verdad (es decir, la verdadera doctrina por excelencia).

Pues bien; la doctrina de la verdad, proclamada por Cristo, no reside en las leyes ni en los mandamientos, sino únicamente en la dirección que se da á la vida.

La doctrina de la verdad enseña que la vida y el bien de la vida no consisten en la felicidad personal, como piensan la mayoría de las gentes, sino en el acto de servir á Dios y al prójimo. Y este precepto no es una prescripción que debe cumplirse para obtener recompensas; tampoco es la expresión mística de un misterio oculto é incomprendible, sino la revelación de la ley de la vida, que se ignoraba en otros tiempos, la demostración de que la vida no puede ser buena sino dándole su verdadero sentido.

He aquí por qué la doctrina positiva de Cristo, la doctrina de la verdad, se expresa con sólo estas palabras: «Ama á Dios y á tu prójimo como á ti mismo.»

Es imposible dar ninguna explicación de esta tesis; se basta á sí misma, porque es todo.

Las leyes y los mandamientos de Cristo, lo mismo que las leyes y los preceptos judaicos y budhistas, no hacen más que indicar los casos en que las tentaciones del mundo desvían á los hombres del verdadero sentido de la vida.

Por tanto, puede haber muchas leyes y muchos pensamientos, al paso que sólo puede existir una doctrina positiva de la vida, que nos enseñe lo que se debe hacer.

La vida de todo hombre consiste en perseguir un fin. Que quieras

que no, tiene que caminar hacia él, puesto que vive.—Cristo muestra su camino á los hombres, y al mismo tiempo les manifiesta cómo pueden extraviarse del camino verdadero para seguir el falso; y las indicaciones de este último género pueden ser muy numerosas. Llámense mandamientos. Jesucristo ha dado cinco de esos mandamientos, y son tales, que hasta el día no ha podido añadirse ni quitarse nada en ellos. Pero un solo precepto nos enseña el camino derecho, como si no pudiese haber más de un mandamiento para enseñarnos á dirigirnos.

Así, pues, la razón de por qué hay en la doctrina de Cristo preceptos negativos y no hay preceptos positivos, no parece ilegítima sino á quienes no conocen la doctrina de la verdad, ni aun el verdadero camino

de la vida indicado por Cristo, ó á quienes no creen en su enseñanza. En cuanto á los que creen que el camino de la vida indicado por Jesucristo es el único verdadero, esos no pueden buscar mandamientos positivos en su doctrina.

Las diversas acciones positivas que se desprenden de esta doctrina del verdadero camino de la vida, están siempre clara y precisamente definidas para los que conocen la enseñanza de Cristo; las gentes que conocen el verdadero camino de la vida son semejantes, según expresión de Cristo, al manantial de agua viva, es decir, á la fuente que brota del suelo.

Todas sus acciones fluyen naturalmente como la corriente del agua que se difunde por todas partes, á pesar de los obstáculos que encuentre.

El hombre que cree en la doctrina de Jesucristo no puede preguntar cuáles son sus deberes positivos, como una fuente que mana del suelo no pregunta qué debe hacer. Abreva los campos, la tierra, la hierba, los árboles, las aves, los animales y los hombres.

Así obra el hombre que cree en la definición de la vida que ha dado Jesucristo; va derecho á su fin.

El hombre que cree en la doctrina de Cristo no irá á preguntar qué debe hacer. El amor, que será el principio de su vida, le mostrará precisa y claramente qué camino debe tomar, y cuáles son sus deberes presentes y venideros.

La primera y más apremiante de las obras que debe realizar el amor consiste en dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento,

vestir al desnudo, socorrer á los enfermos y á los presos. He aquí lo que nos aconsejan á cada instante la doctrina de Cristo y nuestro propio corazón. Y aún más: toda la doctrina de Cristo—la razón, la conciencia, el sentimiento—todo nos exhorta á no dar otras pruebas de amor á los vivos antes de haber asegurado la vida de nuestros hermanos, y de ahorrarles los sufrimientos y la muerte que les alcanzan en su lucha desigual contra la naturaleza (1).

(1) Esta idea de la lucha incesante contra la naturaleza, concebida como el principal deber de los hombres, repítese á cada instante en las obras de Tolstoy, sobre todo en *Lo que se debe hacer*.—« El primero, el más indudable deber del hombre—dice—es la participación en la lucha contra la naturaleza, en pro de su vida y de la ajena. » Y en otra parte: « Bien ó mal obra ese Dios ó esa ley de la naturaleza, por quien fueron creados el mundo

En una palabra, todo nos invita á buscar lo que es la primera condición de la vida humana, á saber: el trabajo del pan, el más importante y mas penoso de todos los trabajos, y el que se impone á todo el mundo.

Así como una fuente no puede preguntar á dónde debe enviar su agua, si debe regar arriba las hierbas y las hojas de los árboles, ó

y los hombres. Pero la situación de los hombres en el mundo, desde que los conocemos, es tal, que desnudos, sin pelo en el cuerpo, sin madriguera donde resguardarse, incapaces de hallar en el campo su alimento—como Robinsón en su isla—todos se ven en la necesidad de luchar siempre, de luchar sin descanso contra la naturaleza, para cubrirse el cuerpo, hacerse vestidos, rodearse de una cerca cerrada, edificar un techo sobre su cabeza, preparar el alimento con que apagar dos ó tres veces diarias su hambre y el de sus hijos, demasiado débiles para trabajar, y el de los ancianos. »

abajo las raíces de las plantas y de los árboles, de igual manera un hombre que conoce la doctrina de la verdad no puede preguntar lo que debe hacer antes de todo, si debe enseñar á los hombres, ó defenderlos contra el enemigo, ó distraerlos, ó darles los alicientes de la vida, ó socorrer á los que perecen en la indigencia. Una fuente no se derrama por el suelo, no llena los estanques y no calma la sed de los animales ó de las personas sino cuando ha apagado la sed de la tierra.

De igual modo, el hombre que conoce la doctrina de la verdad no puede contribuir á calmar las necesidades menos imperiosas de los hombres sino después de haber satisfecho su primera necesidad, es decir, después de haber contribuido

á alimentarlos, después de haberles evitado la muerte que proviene de la lucha contra la miseria. El hombre que profesa, no con palabras, sino con actos, la doctrina de la verdad y del amor, ese no puede engañarse acerca del fin á que su actividad debe tender. El hombre para quien el sentido de la vida consista en servir á los otros, no podrá equivocarse nunca hasta el punto de creer servir á los que se mueren de hambre y de frío, redactando leyes, fundiendo cañones, trabajando en objetos de lujo, ó tocando el violín ó el piano.

¡El amor no puede ser necio!

Lo mismo que el amor á una mujer no consistirá en leerla novelas si tiene hambre, ó en ponerla pendientes de gran precio si tiene frío, de igual manera es inadmisibile que

el amor á los otros consista en divertir á los hartos y dejar morir en la miseria á los que tienen hambre y frío. El verdadero amor, el que se manifiesta no con palabras sino con obras, muy lejos de ser inteligente, es, por el contrario, el único que da la verdadera sagacidad y la verdadera sabiduría. Por eso, el hombre que está lleno de amor no se equivocará, sino que realizará en seguida el primer acto que exige el amor de los hombres, prestará socorro á los que tienen hambre y frío, á los que sufren. Pero socorrer á los hambrientos, y en una palabra, á los desdichados, es luchar cuerpo á cuerpo con la naturaleza. Sólo quien quiere engañarse á sí propio y engañar á los demás puede, en el momento del peligro y de la lucha de las perso-

nas contra la miseria, negarse á socorrerlas, aumentar su infortunio y afirmar á sí propio y á los que perecen delante de él, que tiene otras ocupaciones ó que busca un medio de salvarlos.

Un hombre franco, un hombre para quien la vida consista en hacer bien, no podrá emplear tal lenguaje; y si da esa respuesta, no encontrará nunca en su conciencia la aprobación de su mentira; no podrá hallar defensa más que en la astuta y diabólica teoría de la *División del trabajo* (1).

(1) Tolstoy ha discutido la teoría de la división del trabajo y manifestado sus efectos en *Lo que se debe hacer*. Sin duda, según Tolstoy, la división del trabajo existirá siempre en la sociedad humana; pero se trata de saber cómo se podrá hacerla justa. Trae consigo en nuestros días progresos admirables; pero, por no sé qué azar desdichado, esos progresos no

Entre todas las doctrinas acerca de la sabiduría humana, desde la de Confucio hasta la de Mahoma, no encontrará esta idea expresada de un modo tan enérgico como el Evangelio. Por el Evangelio se convencerá de la necesidad de servir á los hombres, no por la teoría de la división del trabajo, sino por el medio más sencillo, más natural y más indispensable. Por el Evangelio se convencerá de la necesidad de socorrer á los enfermos, á los presos y á los que se mueren de hambre y de frío.

han mejorado sino empeorado la situación del mayor número, es decir, del trabajador.

Entonces ¿cómo hacer más justa la distribución del trabajo? Conservar la vida por un trabajo manual, idéntico para todos, es el primero de los deberes; cumplido éste, *especializarse*, pero siempre de modo que se sirva al prójimo.

Pero no se puede socorrer á los enfermos y á los presos sino trabajando uno mismo inmediatamente, porque los enfermos y los hambrientos no esperan para morir de hambre y de frío. El hombre que practique la doctrina de la verdad demostrará con su vida, consagrada toda entera al servicio del prójimo, la ley primitiva formulada en el primer libro del *Génesis*: «Con el sudor de tu frente, amasa tu pan.» Esta es la ley primitiva, ó el primer mandamiento, como la llama Bondareff; y nos demuestra que es una ley positiva.

Esta ley lo es, en efecto, para los hombres que no comprenden el verdadero sentido de la vida, indicado por Jesucristo; lo ha sido para los que vivieron antes que El; y continuará siéndolo para los que no

creen en El. Esta ley les parece positiva: exige que cada uno de nosotros, conforme con la voluntad de Dios manifiesta en la Biblia y en nuestra inteligencia, se alimente con su trabajo. Conservará este carácter en tanto que los hombres no conozcan el sentido de la vida humana, indicado por la doctrina de la verdad.

Pero cuando los hombres conozcan perfectamente el sentido de la vida, descubierto por Jesucristo, la ley que consiste en trabajar el pan, permaneciendo tan verdadera como antes, llegará á formar parte de la única doctrina positiva de Cristo (amaos unos á otros), y desde entonces tendrá un sentido negativo y no positivo.

Cuando los hombres comprendan la verdadera doctrina cristiana,

esta ley no hará más que mostrarles las antiguas tentaciones de los hombres, es decir, lo que el hombre debe evitar para no descarriarse del camino de la verdadera vida.

Para un hombre del Antiguo Testamento, que no quiere reconocer la doctrina de la verdad, esta ley tiene el sentido que sigue: «Trabaja el pan con tus propias manos.»

Mas para el cristiano, su significación es negativa, y le dice: «No creas que puede hacerse bien á los hombres acaparando el trabajo ajeno y no ganando tu alimento con tus propias manos.»

Señala al cristiano una de las más antiguas y de las más criminales tentaciones que asaltan á los hombres. Contra esta tentación tan antigua, tan funesta por sus consecuencias y que no es difícil recono-

cer como contraria á la naturaleza humana y como falaz, contra esta tentación se dirige el libro de Bondareff. Sus consejos son igualmente obligatorios para quien cree en el Antiguo Testamento, y para quien cree en el Evangelio, y para quien no cree en lo escrito por un hombre y obedece á su propia razón, y en fin, para quien conoce la doctrina de la verdad.

Lector, querido hermano mío, seas quien fueres, te amo. Muy lejos de querer apesadumbrarte, ofenderte é introducir el mal en tu vida, no deseo más que una cosa: ¡Servirte!

Pudiera, hasta desearía probar con largas disquisiciones la verdad de esta tesis, refutar todas las objeciones que te oigo formular contra ella. Pero por mucha que fuese

la extensión de lo que escribiera y con el mayor talento posible, por más razón que tuviese desde el punto de vista lógico, no podré convencerte si lucha tu espíritu y si permanece frío tu corazón.

Esto es lo que me da miedo. Al discutir contigo, temo darte enojo con el orgullo y la frialdad de mi espíritu, y por tanto hacerte daño. Así, pues, no razonemos. Sólo te pido una cosa: no discutas, no demuestres, sino interroga á tu corazón.

Seas quien fueres, cualesquiera que sean tus cualidades y tu bondad, en cualquiera condición en que te encuentres, ¡puedes tomar tranquilo tu té, comer tu refacción, ocuparte de política, bellas artes, medicina, enseñanza, cuando oyes ó ves á tu puerta un hombre que

tiene hambre y frío, que está este-
nuado y enfermo?—No.—Pero di-
rás, no siempre están ahí, delante
de mi puerta.—Sea, pero están á
quince *sagen* ó á diez *verstas* de tu
casa: están ahí, y tú lo sabes. Desde
entonces te es imposible vivir con so-
siego: cualquiera que pueda ser tu
alegría, la emponzoña este recuer-
do. Para no ver á esos miserables,
tienes que encerrarte á piedra y lo-
do en tu casa, ó alejarlos con tu
frialdad, ó huir á un retiro donde no
corras el riesgo de encontrarlos.
¡Pero están en todas partes! Aun
cuando hubiese un lugar desde don-
de ya no pudieras verlos, ¿podrías
huir de tu conciencia? ¿Qué hacer
entonces?

Sabes, y todo el libro de Bonda-
reff te lo indica, que es preciso des-
cender hasta abajo, hasta el sitio

que te parece lo bajo y es lo alto.
Júntate con los hombres que ali-
mentan á quienes tienen hambre y
visten á quienes tienen frío. Nada
temas. Lejos de ser peor, tu nuevo
estado será desde todos los puntos
de vista mejor que el precedente.
Ponte al nivel de los demás; em-
prende con tus manos débiles é
inexpertas el trabajo indispensable
para dar de comer al hambriento;
viste al desnudo, trabaja el pan,
lucha contra la naturaleza, y por
primera vez sentirás firme la tierra
bajo tus pies; experimentarás el sen-
timiento de la independenciam, de la
libertad, de la fuerza; ya no ten-
drás necesidad de huir y saborearás
una alegría pura, placeres no enve-
nenados, de los cuales nada te ha-
bía dado idea en el mundo. Tendrás
goces desconocidos. Conocerás por

vez primera á los hombres sencillos y fuertes, hermanos tuyos, quienes á pesar de la distancia que de ti los separaba, te han alimentado hasta lo presente.

Con gran satisfacción tuya, verás en ellos virtudes que habías ignorado; advertirás en ellos una modestia y una bondad tan grandes para contigo, que te reconocerás indigno de ellas; en vez del odio y de las burlas que esperabas, encontrarás halagos, gratitud, respeto, porque después de haber existido por ellos toda la vida, te has acordado de pronto de su miseria y quieres socorrerlos con tus débiles manos. Verás que el islote donde te habías refugiado para que el mar no te tragase, no era sino un montón de fango, al paso que el mar por ti temido era la tierra firme. Esta

es la que hallarás en lo sucesivo, animosa, tranquila y alegremente.

Y será así, porque abandonando la vía de la mentira, á la cual te habían arrastrado á pesar tuyo, desembocarás en la senda de la verdad. Después de haber desobedecido á la voluntad de Dios, la cumplirás fielmente.

LEÓN TOLSTOY.